LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 30 de Marzo de 1918

AÑO XIV | No se devuelven los originales | Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2 | Número suelto cinco céntimos | N.° 507

En la Pascua de Resurrección

En los ya no escasos años que viene publicándose LA CARIDAD hemos tratado del Misterio consolador de la Resurrección de Nuestro Divino Redentor. Varios han sido los aspectos que hemos considerado como la realidad de ese hecho portentoso, la divinidad de Jesucristo probada por su gloriosa vuelta a la vida, los fundamentos en que estriba tanto escriturísticos como históricos y a este tenor ofrecimos pequeñas muestras de la hermosura y grandeza, así como de la transcendencia inmensa que en el sistema dogmático católico ocupa ese gran acontecimiento que en estos días celebra la Iglesia católica y que nos lo recuerda a todos sus hijos con la institución de la fiesta del domingo en lugar del sábado cuya práctica proviene desde los mismos Apóstoles.

La Pascua de Resurrección es—dice un escritor, — motivo de alegría para todo»; «la naturaleza revive cubierta de flores y de luz, la Iglesia ha trocado el llanto y luto de la pasada semana en acentos de júbilo; los pecadores antes envueltos en las tinieblas del pecado, iluminados están ahora por el sol de la gracia recobrada en el sacramento de la Penitencia. Es día de resurrección para todos porque ha resucitado Jesucristo Nuestro Señor.»

Ahora oigamos al Evangelista relatando esa tan grata nueva: «Y pasado el sábado, María Magdalena y María de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir a ungir al Salvador y muy de mañana, el primer día de la semana (hoy domingo) van al sepulcro al salir el Sol. Y se decían unas a otras: ¿Quién nos dará vuelta a la piedra del sepulcro? Y levantada la vista ven que la piedra está retirada. Eso que era muy grande. Y entrando en el sepulcro vieron un joven sentado a la derecha revestido de una túnica blanca y se asustaron. Pero él les dice: No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado: ha resucitado no está aquí; ved el sitio en que le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea: al í le veréis como os dijo «(San Marcos capit. XVI, vers 1.° y sig)

Verdad es esta la más consoladora de nuestra fe; y por serlo constituye *el motivo más firme de nuestra esperanza.*

En efecto, la resurrección de Jesucristo es el anuncio fehaciente la resurrección de los cuerpos de todos los mortales. «Si los muertos no han de resucitar dice San Pablo (I ad corint. XV. 13 14) ni tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó vana es nuestra fe.»

En los trabajos de la vida, en las tribulaciones, hasta en el lance tan temeroso de la hora de la muerte, podemos exclamar como Job en el muladar minado por la lepra; «Sé que mi Redentor vive y que el último día he de resucitar de la tierra; y de nuevo me rodearé de mi cuerpo y en mi carne veré a mi Salvador. Lo he de ver yo mismo y estos ojos míos no otros, lo verán. Esta esperanza la tengo guardada en mi corazón.» (Job XIX, 25 y sig)

Procuremos que nuestra resurrección sea la esperada por el héroe de la paciencia y cual reflejo de la gloriosísima de Cristo, gloriosa; y que nuestros cuerpos gocen de los cuatro dotes de gloria, claridad, inmortalidad, impasibilidad, y sutileza. Y el Señor en su misericordia nos libre de la otra resurrección e inmortalidad reservada a los réprobos y a los que mueren impenitentes, porque tal vida es más temible que mil muertes al durar toda una eternidad de castigo. Esperemos se nos aplique el riquísimo fruto de la Resurrección de Nuestro Señor.

Ahora bien; *¿cómo mereceremos resucitar con Jesucristo? Cumpliendo las enseñanzas que del Misterio que nos ocupa se desprenden.*

Oigamos lo que afirma categóricamente Jesucristo a los discípulos que iban a Emaús: «Convino que Jesucristo padeciese y así entrase en su gloria» Y ya antes había expresado esto mismo con aquella hermosísima comparación: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece sólo él», es decir no produce nada. Los sufrimientos, son pues condición necesaria para resucitar gloriosamente y arribar al reino de los cielos. El dolor y el sufrimiento apenas los abrazó el Hijo de Dios, fueron santificados divinizados y trocados en crisol de purificación, de santificación y de salvación eterna. Por eso invitaba a todos sus dicípulos y ordenábales abrazarse con la respectiva Cruz y seguir en pos de El. Y San Pedro en su primera carta escribía: «Cristo ha muerto por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus pasos». Los mártires; bien penetrados de estas enseñanzas, se dejaban matar y gozaban en ser crucificados en aras del amor à Jesús Crucificado.

«Hemos ante todo, añade el escritor susodicho, de sufrir cuanto fuere imprescindible para no quebrantar la ley de Dios». Porque todo hombre y todo cristiano tiene que padecer en este valle de lágrimas y mucho sufrir; por lo cual siempre tendrá que ofrecer a Dios esos sufrimientos para obtener la misericordia y el perdón divino. Tiempo es este propicio para formar propósitos de enmienda y de acudir a la fuente de la fortaleza a fin de perseverar en la amistad de Dios, que es la Sagrada Eucaristí ; porque Cristo es resurrección y vida, pero vida eterna, para sus hijos.

Chorizos Carrasco

Los mejores del mundo

Todos los chorizos llevan una etiqueta, que legitiman su procedencia.

Haro (Rioja)

DE LA SEMANA

Ante una Dolorosa

En el templo sombrío y silencioso,
envuelta en la penumbra misteriosa,
la imagen de una Virgen dolorosa
nos habla del dolor más angustioso.

Yo me postro de hinojos, temeroso
y veo que la Virgen amorosa
sus ojos bondadosos en mi posa
tornándome a mi plácido reposo.

Calmado mi dolor que me tortura
encuentro el dulce amor que fué mi (anhelo
y que un día perdí por desventura,
y al notar en mi pecho ese consuelo
la Virgen del Dolor se me figura
que es mi madre llamándome en mi (Cielo.

WHITE BLACK.

PEDRO DOMECO

Casa fundada en 1730

VINOS Y COÑAC

Jerez de la Frontera

(Representantes en todos los países)